

EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 27 de Abril de 1880.

UNA IDEA.

—o—

Los recientes descubrimientos de una ánfora en el montezuelo de la Cruz, en Santa Lucia, y de una urna cineraria en la parte de campo denominada *los campanos*, ambas piezas pertenecientes a la época romana, han venido a poner de manifiesto una vez más la inmensa riqueza arqueológica que encierra nuestro suelo. Todos los días tenemos noticias de hallazgos, más ó menos valiosos, así en lo intrínseco como en la novedad, pero siempre apreciables, de las distintas razas y civilizaciones que sobre él pasaron, dejándonos la estatuaria de sus divinidades, sus aras, sus monedas, los instrumentos de su industria y de su uso doméstico, sus artefactos, vasos, dijes, alhajas y mil otros diferentes objetos que revelan el gusto y las costumbres de sus épocas. Por cualquiera parte, a poco que se profundice, tropiézase siempre con estos legados de la antigüedad. Y no es solo en el recinto de esta ciudad; en sus inmediaciones, en los pagos que la rodean; en la estension de sus campos tenemos minas abundantísimas de ellos.

De tales podemos llamar al inmediato barrio de Santa Lucia y los contornos de la torre ciega; lo mismo todo el camino de la *llada*, que es la calzada romana por donde Scipion vino de Sagunto a Cartagena. De sus inmediaciones es la lápida, rara por su forma circular, que encontró no ha mucho el Sr. de Fuentes; de ellas las ánforas de rico contenido halladas por D. Bartolomé Ontas; y la multitud de inscripciones, sepulcros, urnas y tantos otros diferentes objetos exhumados por el azar ó la fortuna.

Lo decimos con pesar, ya que ha llegado la ocasion: hace tres años que una persona, que no tiene carta de naturaleza entre nosotros, pero muy apreciada en la localidad, llamó desde las columnas de este mismo periódico la atención sobre el mal estado de la torre ciega, indicando la conveniencia de su reparación; y el Municipio, no sabemos si por celo patriótico, ó por simple galantería, escuchó la súplica y se reparó el monumento; si bien de una manera imperfecta. Todos sabemos que su revestimiento se componia de pequeños sillarejos ó adoquines de una piedra de color parduzco, que segun todas las probabilidades debieron cortarse del cabezo que llaman de la *tia Laura*; cáñidos por demás nosotros nos atrevimos a indicar a nuestra vez los lugares, con

precision de sitios, donde podian encontrarse los necesarios para reponer los muchos que le faltan; pero menos afortunados que el sujeto auido, nuestras indicaciones pasaron desapercibidas, como de sapercibidas pasaron tambien otras de investigacion que nos permitimos, levados de nuestro amor a las antigüedades. Respecto de ningun caso que hizo de las últimas, hay un motivo aceptable de absolucion: los apuros pecuniarios; luego las dificultades por la parte delo militar; pero por lo que mira a las primeras, nada hay que pueda justificar la indiferencia: a trescientos pasos de la torre, y formando piso en la confrontacion de una casa, se encuentran ya los adoquines de que hemos hablado.

Ofendida nuestra susceptibilidad patriótica, más que personal, que poco ciertamente si, bien quisieramos poder presionar de darnos a nuevas indicaciones; pero nos duele que la riqueza arqueológica que guarda nuestro suelo, dejemos a otros el cuidado de explotarlo, cual sucedió en el año mil setecientos noventa y siete con el distinguido marino y sabio anticuario D. José de Vargas y Ponce, a cuya galantería debemos las lápidas que se miran incrustadas en las paredes de las Casas Consistoriales; sino es que dejemos perderse objetos preciosos en manos de la ignorancia; y de esto podemos citar como uno de tantos ejemplos los bustos encontrados en la calle del Cuerno, al pie del *Monte Sacro* donde en tiempos estuvo el templo de Saturno, las cuales se vendieron por el dueño del hallazgo a un forastero en precio de dos mil reales.

Pero que mucho que esto suceda, cuando personas ilustradas, las que conocen el valor del tiempo, y de la historia, encuentran su complacencia en nutrir extraños museos y gabinetes particulares con los objetos que la suerte ó la especulacion pone en sus manos. Conocemos a una de estas, entendido anticuario, é hidrófobo en ese afanoso empeño, que concibió el pensamiento de enviar a Madrid, nada menos, que la famosa columna de los *mártires*, cual, ya antes, se dice, lo habia hecho con la gran lápida que estuvo colocada sobre la puerta del antiquísimo castillo de la villa.

No menos estrecha cuenta pudiéramos exigir aquí a la galantería que entrega a extrañas manos prendas tan valiosas como la corona gótica encontrada entre las ruinas del anfiteatro, ó circo romano; (1) las

(1) Lo que no pudo conseguir la codicia, incitada por ofrecimientos valiosos de algunos extranjeros, consiguió la amistad; la dicha corona fué al general

dos preciosis ánforas con que se ha obscurido recientemente a una altísima dignidad del Estado; la lápida, de la época cartaginesa, notable por sus simbolismos, que se dejó llevar al obispo D. Sancho Davila; pedestal y tronco de la estatua de capitán, de gran tamaño, que estuvo en la galería de las Casas Consistoriales; y un gran número de monedas por que ni para que, y un gran tesoro numismático, que han pasado a enriquecer museos y monetarios de otras partes. Aun recordamos con pesar de cierta moneda del emperador Probo, perfectamente conservada apesar de su antigüedad de más de mil y seiscientos años; la galantería nos llevó a ofrecerla a una persona de muy oprimible memoria entre nosotros, y a poco, la tal moneda sabemos fué remitida al museo numismático de Madrid.

A contentar este lujo de prodigalidad tienden hoy nuestros intentos. Nosotros comprendemos la conveniencia de centralizar lo mucho que hay diseminado en materia de antigüedades; pero que Cartagena haya de concurrir con su rico contingente, cuando en si misma constituye un verdadero museo de naturaleza, ofreciendo a cada paso a la curiosidad y a la ciencia los más estimables objetos; parecenos que esos objetos en ninguna parte han de tener su asiento más adecuado ni más legítimo que dentro de ella misma; ni que más en relacion estén con la historia práctica ó representativa; así, por ejemplo cuando enseñáramos al forastero las estatuas de Saturno ó de Alecto podíamos decirles, señalando al monte Sacro y al de los corrales, allí tuvieron sus templos estas divinidades; veis esa lápida sepulcral de *Tito Casio Seleuco, Liberto de Tito*, pues este consul, pacificador de Cartagena, es el que erigió aquel monumento, llamado la *torre ciega*; a la memoria de Cornelio; esas medallas consulares fueron batidas aquí, y están dedicadas a Neron, Druso y Cayo, Césares, divviro quinquenales que fueron de la Colonia Vencedora Julia Nueva Cartago; y ese emperador *Galba*, cuya es aquella otra moneda, aquí, en este mismo suelo se dió el grito de rebelion contra Neron, y fué exaltado al sòlio de los Césares; y así por este orden.

Al descubierto queda ya la idea que sirve de epigrafe a este artículo. Queremos, pues, un museo, puramente regional, Cartagenero; donde se guarden todas esas memorias que nos legaron los antiguos tiempos. De lamentar es las muchas que se han dejado perder; pero algunas más quedan por exhumar. Designese un

de marina Sr. Santa Cruz quien a su vez la donó al museo arqueológico de Madrid donde se encuentra.

edificio, y empiezes desde hoy a la recoleccion, ya sea por adquisicion, ya por donaciones voluntarias; y esto toca al Municipio. En él exist una comision de monumentos y antigüedades, en que otra cosa podiera mejor emplearse, ni que más cumplidamente responda a la mision que se le tiene confiada?

Escitase eficazmente al patriotismo, y que el patriotismo responda generosamente al pensamiento, facilitando lo mucho que guarda, talvez arrinconado, y riesgo de perderse, más ó menos tarde, en manos de la codicia ó de la ignorancia; nosotros sabemos de un pedestal encontrado al abrirse los cimientos de un suntuoso edificio en el barrio del *Carmen*, que arrumbado yace en un almacén, de varios ánforas en perfecto estado de integridad, entre las cuales está una muy notable hallada a gran profundidad en la mina Oriholensa, y otra de cuya forma no se conoce más que un ejemplar en el museo de Tarragona, la cual creemos fué extraida del fondo del puerto; de una preciosa estatua de bronce, como de una tercia de alto, que se encontró orilla del camino de la *llada*; así como de otros varios objetos que fuera prolijo enumerar. Por nuestra parte ofrecemos desde luego algunos centenares de monedas, entre las cuales hay algunas de las batidas en Cartagena cuando era colonia romana.

Todo esto pudiera servir de base al futuro museo; y de desear fuera que la prensa toda de esta localidad coadyuvase con sus excitaciones al intento, con lo cual lograremos tener un monumento digno de nuestro pasado, como lo será de honor para la generacion presente.

Si el ideal que se hemos de exponer lograrse mejor fortuna que nuestras indicaciones respecto de la torre ciega, volverémos otro dia sobre el asunto.

Manuel Gonzalez

CRÓNICA DE MURCIA.

—¿Qué ha pasado en Beniel, amigo D. Homobono?

—Pues... nada, D. Policarpo. Por mor de unos cuartos para reedificar casas y barracas que no han existido nunca, hay dos presos, uno de los cuales es ó era administrador del matqués de P... y el otro, el secretario del ayuntamiento.

—Y que opina V. de ese procedimiento para dársela a la Junta de Socorros?

—No opino nada. Dejamos intacta la cuestion para que la resuelvan los sacerdotes de Témis.

—¿Ha ido V. a los títeres?

—Si el domingo pasado, y por cierto que me apabullaron la canoa, y me rasgaron la pañusa, y me afanaron un chilé.